

Juanito y las Semillas

Anónimo



Había una vez un niño llamado Juanito que vivía en una pequeña cabaña con su madre viuda. Eran muy pobres. Su único sustento era una vieja vaca y si no fuese por su leche, muchas veces se habrían acostado sin comer. Pero un buen día la vaca ya no dio más leche. Entonces la madre le dijo a Juanito:

—Hijo mío, ya no tenemos nada que comer. Mañana debes llevar la vaca al mercado para venderla. Procura conseguir por ella la mayor cantidad posible de dinero.

Juanito obedeció y en el camino se encontró a un viejo que llevaba en la mano un saquito lleno de semillas de colores.

El anciano le preguntó adónde iba y, cuando Juanito se lo dijo, le ofreció darle cinco semillas a cambio de la vaca, diciéndole que eran semillas mágicas.

El muchacho aceptó encantado y mientras el hombre, satisfecho con el negocio, se alejaba con su vaca, Juanito corrió a su casa a mostrarle las semillas a su madre.





Cuando la pobre mujer escuchó la historia, se enojó muchísimo.

—¡Qué tonto eres! —exclamó—. ¡Cambiar nuestra linda vaca por cinco semillas! ¿De qué nos van a servir? ¡Ni siquiera alcanzan para hacer una sopa!

Muy disgustada, tiró las semillas por la ventana y mandó a Juanito a acostarse sin comer.

Al día siguiente, al despertar, Juanito notó que su habitación estaba llena de extrañas sombras. Se acercó a la ventana y vio que las semillas mágicas habían germinado. Una inmensa planta trepadora cubría la ventana y se elevaba por sobre las copas de los árboles hacia lugares donde no alcanzaba a llegar la vista.

Sin pensarlo dos veces, Juanito saltó por la ventana y comenzó a trepar por el larguísimo tallo hasta que comenzó a perder el aliento. Cuando finalmente llegó a la punta de la planta, se encontró en un extraño país y vio a lo lejos un hermoso castillo. Corrió hacia él y llamó a la puerta. Una mujer muy alta le abrió y Juanito le suplicó que le diera alojamiento y comida por una noche.





—¿Estás loco? —repuso la mujer—. ¿No sabes que mi marido es un ogro que se come a todos los niños? ¡Debes huir de aquí cuanto antes!

Pero Juanito le dijo:

—¿No podrías esconderme en algún sitio? Estoy hambriento y no tengo donde dormir.

—Está bien, haré lo que pueda —dijo la mujer—, pero prométeme que escaparás al despuntar el día.

Lo llevó a la cocina y le sirvió una buena cena. No había aún terminado de comer cuando oyeron los pesados pasos del gigante. Rápidamente Juanito se escondió en el horno y en ese mismo momento entró el ogro a la cocina.

—¡Siento olor a carne humana aquí! —exclamó con voz terrible.

—¡Qué tonterías dices! —dijo la mujer—. Lo que hueles es el cerdito que te preparé para la cena. Siéntate a comer.

Se sentó a comer el ogro con gran apetito y, cuando hubo terminado, gritó:





—¡Mujer, tráeme mi saquito de oro!

La mujer puso una bolsa de oro sobre la mesa y el marido, después de entretenerse contando sus monedas, las volvió a guardar en el saquito y empezó a bostezar.

Al poco rato cayó el ogro en un sueño profundo. Roncaba tan fuerte que hacía temblar las paredes. Al oír los ronquidos, saltó Juanito del horno, cogió la bolsa llena de monedas y, corriendo lo más rápido que pudo, alcanzó la planta mágica y bajó ágilmente por sus ramas.

Lleno de alegría llegó a su casa. Entregó el dinero a su madre, le contó lo que le había sucedido y por varios meses vivieron cómodamente.

Pero llegó un día en que la bolsa ya no tenía ni una sola moneda más. Juanito trepó otra vez por la planta, se dirigió al castillo y nuevamente le pidió a la mujer del ogro que le diera de comer y le permitiera pasar la noche. Tanto insistió Juanito que al fin la mujer se compadeció de él y, después de alimentarlo, le permitió esconderse en un baúl.





Volvió el ogro de sus correrías y al entrar en la cocina gritó con espantosa voz:

—¡Siento olor a carne humana aquí!

—¡Qué tonterías dices! —replicó la mujer—. Lo que hueles es la vaca que te he preparado para cenar.

El gigante se sentó gruñendo y empezó a comer hasta hartarse. Cuando hubo terminado, murmuró roncamente:

—Tráeme mi gallina.

La mujer le trajo una hermosa gallina que colocó sobre la mesa.

—¡Gallina, pon un huevo! —le ordenó el ogro, e inmediatamente un huevo de oro puro rodó por la mesa.

“¡Esa gallina debe ser mía!”, se dijo Juanito.

Esperó con paciencia y cuando el ogro estuvo bien dormido, salió en puntillas del baúl, cogió la gallina, se la puso bajo el brazo y huyó del castillo, sin dejar de correr hasta llegar a su casa. Su madre lo recibió maravillada de tener un hijo tan valiente, y desde entonces vivieron cómodamente gracias a los huevos de la gallina prodigiosa.





Pero un buen día, Juanito sintió deseos de nuevas aventuras. Volvió a trepar por la planta mágica y nuevamente llegó al castillo del gigante. Esta vez se las arregló para entrar sin ser visto por la mujer del ogro y esperó a que cayera la noche escondido en la cocina, dentro de una cacerola. Muy poco rato después llegó el gigante y husmeando el aire exclamó:

—¡Siento olor a carne humana aquí!

—¡Tonterías! —dijo su mujer—. Hueles el asado que cociné para ti. Mejor será que te sientes a comer.

Después de que el gigante hubo cenado, le gritó a su mujer:

—¡Tráeme mi arpa!

Trajo la mujer un arpa y el ogro, poniéndola sobre la mesa, le ordenó:

—¡Quiero escuchar tu música!

Inmediatamente las cuerdas del arpa empezaron a tocar una dulce melodía. La cabeza del gigante se movía al compás de la música, y al cabo de unos momentos sus fuertes ronquidos se oían por toda la cocina. Juanito, al escuchar el arpa, pensó: “¡Este instrumento debe ser mío!”





Con la seguridad de que el ogro dormía, saltó fuera de la cacerola, agarró el arpa y escapó fuera de la cocina. Pero al salir del castillo, el arpa, que estaba encantada, gritó: —¡Amo mío! ¡Amo mío! ¡Me roban!

El gigante se despertó, vio lo que sucedía y rugiendo de rabia corrió tras el muchacho. Por suerte, Juanito era ágil y alcanzó a llegar antes a la planta mágica, deslizándose tallo abajo con rapidez. Por encima de Juanito, la planta era sacudida continuamente por el peso del gigante que bajaba tras él. Mientras tanto, el arpa no paraba de gritar: —¡Amo mío! ¡Amo mío! ¡Me roban!

Cuando el chico ya se encontraba cerca del suelo, gritó: —¡Mamá, mamá, el hacha!

Al llegar a tierra, entregó el arpa a su madre, tomó el hacha y de cuatro golpes cortó el tronco de la planta mágica. Ésta cayó con gran estrépito y arrastró en su caída al ogro, quien se dio tal golpe contra el suelo que murió en el acto.

Así fue como madre e hijo vivieron felices por muchos años, y cuando Juanito se hizo hombre, se casó con una hermosa princesa.

